

## CAFÉ

El ruido que emitió la campanilla al abrirse la puerta de entrada, indicó la visita de un nuevo cliente. Bianca giró la cabeza hacia esta, apartando sus enormes ojos verdes de la bandeja que estaba sirviendo, provocando que esta tambaleara entre sus dedos. Dos señoras de mediana edad entraban por la puerta de la cafetería mientras se refugiaban del frío invierno.

Desilusionada al no encontrar a quien buscaba, emitió un leve suspiro, obligándose a prestar atención a su trabajo.

Las diez y siete minutos de la mañana, indicaba el reloj. Extrañada, se giró hacia la puerta esperando su aparición, pensando que hoy se estaba retrasando. Tres minutos más tarde, volvió a repetir la operación.

Bianca frunció levemente el ceño, pensando que no era propio de él retrasarse tanto.

Dos meses atrás, el señor misterio, como lo llamaba ella, entró a las 10 de la mañana en la pequeña pero acogedora cafetería en la cual Bianca llevaba trabajando más de un año, y maletín en mano, se dirigió a la primera mesa que encontró libre.

Bianca impresionada por su aspecto y presencia, tardó varios minutos en percatarse que este la miraba con un leve rastro de irritación en la mirada, dócilmente e intentando no ser torpe se acercó hasta este y con un susurro casi inaudible le preguntó:

- ¿Buenos días señor, que desea?

Este, levantó su arrogante mirada gris, y sometiéndola a un minucioso escrutinio dijo con voz profunda:

- Un café corto, fuerte y sin azúcar.

Ella ruborizada hasta la raíz, asintió dócilmente y con paso tembloroso, se dirigió a preparar su pedido. Mientras lo preparaba, no pudo evitar que sus pensamientos viajaran hasta aquel extraño hombre. A su llegada, provocó que todas las miradas del local se posaran en él. Aquel hombre de imponente altura, de pelo negro desordenado y duras facciones, podría quitarle el aliento a cualquier mujer con solo una mirada de sus profundos ojos color plata.

Bianca se acercó sigilosamente y con voz temblorosa le dijo.

- Aquí tiene su pedido, que disfrute. - Mientras dejaba la taza de café encima de la mesa de madera de roble.

El señor misterio, con su mirada enigmática asintió con la cabeza y volviendo su vista al periódico, siguió con su lectura.

Desde aquel día, aquel enigmático hombre acudía a la misma hora todos los días laborables de la semana a tomar su café, mientras Bianca presa de la curiosidad lo miraba a hurtadillas sin saber que él también la estaba observando.

Bianca estuvo todo el día en las nubes, pensando en el porqué de la ausencia de aquel hombre, lo que provocó la caída de dos bandejas, tres gritos por parte de su jefe y más de un golpe con los bordes de las mesas. Cuando la última pareja de clientes desapareció por el umbral de la puerta, cansada y exhausta, Bianca se dirigió a por los utensilios de limpieza para empezar el mismo último ritual del día.

Su jefe, mientras salía apresurado de su pequeño despacho le informó que debía irse y le pidió que cuando acabara la tarea cerrara la cafetería.

Bianca, con energía renovada por estar a solas por fin, empezó a limpiar una de las tantas mesas del local, entonces pudo reconocer la melodía que sonaba de fondo, era una de sus canciones favoritas, con ritmo alegre y letras positivas, así que mientras secaba la mesa de madera empezó a canturrear al ritmo de la canción.

De espalda a la puerta, escuchó el ruido de la campanilla al abrirse la puerta, y sin girarse aún, dijo:

- Lo siento, acabamos de cerrar.

Una vez que se dio la vuelta, fijó sus ojos en el hombre que acababa de irrumpir en el local. Era él, el señor misterio.

- Disculpe, podría tomarme solo un café.- Dijo con voz ronca.

Bianca indecisa, asintió, y con paso diligente se dirigió hacia la barra.

- ¿Como lo querrá? - Preguntó con profesionalidad.

Él con un brillo en la mirada le respondió.

- Creo que lo sabe muy bien.

Bianca, ruborizada como nunca, murmuró con torpeza aquellas palabras que tan bien se había aprendido.

- Corto, fuerte y sin azúcar.

Mientras ella preparaba el amargo brebaje, el hombre misterio la observaba moverse con torpeza.

Bianca, sintiendo la mirada de él clavada en su espalda, estaba más nerviosa que nunca intentando recordar cómo funcionaba la maldita cafetera. Después de 5 minutos de intenso silencio, Bianca le puso la taza del humeante líquido enfrente de él, ofreciéndole una inocente y nerviosa sonrisa.

Mientras él le daba pequeños sorbos al café, ella volvió a su tarea de limpieza, intentando ignorar su mirada clavada en su nuca.

En aquel silencio, solo se escuchaba el ruido de aquella romántica balada sonando de fondo, que hablaba sobre el amor, corazones encontrados i un futuro juntos. Estaba tan inmersa en aquellas notas de amor, que no supo cuando aquel hombre se encontraba a unos pasos de ella. Bianca intentado disimular su nerviosismo, dijo con voz ahogada:

- ¿Necesita algo más señor?

Él sacudiéndola suavemente de los codos le espetó.

- Deja de hacerte la tonta, sabes muy bien lo que pasa entre nosotros, no quieras escapar. - Le exigió con voz dura.

Bianca sin creérselo aún, parpadeo confusa, pensando que no había entendido las cosas bien.

- Sabes porque estoy aquí, desde que te vi por primera vez hace dos meses, no has salido de mi cabeza, tu sonrisa, tu mirada, tu voz e incluso tu nerviosismo mal disimulado. - Esbozó una leve sonrisa.- Sé que sientes lo mismo he notado la forma en que me miras.

Bianca, extrañada, pensando que era imposible que la haya visto mirándolo, le plantó cara.

- ¿! de qué forma según usted le miro?. - Le preguntó con aparente valentía.

Él sonrió ampliamente por primera vez y con una radiante sonrisa, dijo.

- De la misma forma en que te miró yo, pequeña.

En menos de un segundo, los labios de él buscaron los de ella, los cuales le aceptaron inmediatamente fundiéndose en un apasionado beso, donde los únicos testigos de ese mágico momento eran ellos dos, las ultimas notas de aquella balada y aquel café que reposaba frío encima de la barra.